

Tribuna

"Los Jueves de Edwards Bello"

El escribir un día determinado en este diario -como lo hacen otros colaboradores más meritorios que nosotros- nos llena de complacencia y nos permite evocar esos insuperables "Jueves de Joaquín Edwards Bello en "La Nación", dirigida por Ramón Cortés, allá por mediados de este siglo, pródigo en periodistas de inigualable fuste y calidad. Comprábamos, entonces, "el diario palaciego", tal como los martes adquiríamos la vieja "Ercilla", para leer el suplemento de Hoy, redactado por Ismael Edwards Matte, primo de don Joaquín; o los mismos jueves, el "Nuevo Zig Zag", de Raúl Aldunate, renovado por el entonces ex capitán de Ejército y diputado liberal por Chiloé. En el "más antiguo semanario de habla española", como se proclamaba, "militaban", por así decirlo, entre sus columnistas permanentes Hernán Díaz Arrieta (Alone), y el multifacético Benjamín Subercaseaux, una de las inteligencias más lúcidas que han prestigiado este país. Personalidad, sin embargo, ajena al autobombo y quien solía llegar a este Concepción a dictar sus sabias conferencias con una sencillez increíble para la suma de conocimientos que manejaba. Lo mismo que Luis Oyarzún, más semejante en su modestia a cualquier "hijo de vecino", que al notable intelectual y docente universitario que fuera.

Afortunada fue nuestra generación, que algo o mucho asimiló de sus lecciones, aprendidas en lecturas, charlas o conversaciones. No lucían "doctorados ni posgrados" en disciplina alguna, pero nadie habría osado pedirselos ni ellos habrían tenido la liviana vanidad de mencionarlos. Al escuchar a algunos de los actuales poseedores de estos títulos -mal pensantes como somos- nos ocurre que, aprovechando las ventajas de la economía de libre mercado, los obtuvieron en universidades meno-

res de Estados Unidos, Europa o Centroamérica, porque al parecer los títulos con que regresan y que ostentan y publicitan generosamente tienen "la virtud" de "enmudecerlos" en las aulas o privarlos de la condición de ensayistas.

Pero mejor no nos echemos más gente encima y volvamos a don Joaquín, que jamás, tampoco, se vanaglorió de sus éxitos literarios ni de su parentesco tan próximo con los Edwards "mercuriales" -no lo apuntamos críticamente- ni banqueros. Tampoco se jactó de ello don Ismael, dos espíritus selectos y emparentados con la dinastía ya citada.

Según Gabriela Mistral, "hijo más reprendedor de su patria no le nació a nuestro Chile, satisfecho y sentado en sus pergaminos". Sus Jueves tenían lectores en todos los niveles sociales. En buena hora Alfonso Calderón reunió sus crónicas en más de una veintena de volúmenes, pero todavía hay material de excepción para una cincuentena de ellos. Los que tendrían -a no dudarlos- la misma demanda de los ya publicados, porque, como el mismo don Joaquín lo reconocía, poseía "la magia de agarrar al lector de las mechas desde la primera página".

Polémico como pocos a lo largo de su vida. Rechazaba la convivencia con su clase y se negaba a calificar de aristócratas a los que vivían del dinero que prestaban a interés, aunque no abjuraba de sus orígenes. No obstante, afirmaba que en él habían muchos Joaquines y que solían pelearse entre ellos. Para sus contadísimos íntimos era bondadoso y tierno como un abuelo de los cuentos de Anderson.

Se negaba a oír malas noticias y decía que lo rodeaban los fantasmas. Su carácter también formaba parte de su leyenda. Al igual que su archivo, dividido en temas y en antiguas maletas rotuladas. Para Calderón, éste "era como un

largo brazo derecho y, como alguien escribiera alguna vez, su trampa".

Ganador de los premios nacionales de Literatura en 1943 y de Periodismo, dieciséis años más tarde, envejeció con una jubilación mezquina y considerándose un sobreviviente. Sólo le interesaba "vivir hasta ver en qué para lo de la bomba atómica, lo de la paz universal y lo del Metropolitano de Santiago". Comprendió, sí, que no conseguiría tanto y le pidió a un confidente: "Si alguna vez me suicido -como lo hizo-, diga que fue así. Si no, van a correr el mito, en este país de mitómanos, que me asesinaron. Así como corren el mito de los enterrados vivos".

Atribuía su sabiduría "al haber estudiado poco. Como el lector ha visto, del sexto año, malamente calentado, salí al mundo una tarde clara, mirando pasar la gente de las calles, lo que me atrae más que un libro. Nunca he podido leer a Homero y del poema de Camoens sólo puedo nombrar citas, cosa que casi todos hacen y muy pocos confiesan. Soy enemigo acérrimo de la sabiduría libresca, sin proponérmelo. Me agrada vivir y leer sin trazar un plan y, si almaceno ideas, no es culpa mía".

Su suicidio no significó el fin de Joaquín Edwards Bello. La verdad es que ha resultado "un ser vivo en estado de muerte aparente" y pocos dudan que sus crónicas serán un testimonio irrecuperable de la vida chilena.

Por eso, este don Joaquín -que desconcertaba a los mediocres y arribistas de su época- es un "permanente escritor de útiles claridades" y absolutamente vigente en esta caótica e imprevisible proximidad a una nueva centuria, que precisará de talentos como el suyo. En la quietud de la Semana Santa, bien valdría la pena dedicarle unas horas a conocerlo o redescubrirlo.

Sergio Ramón Fuentealba